



Dormiré y descansaré en paz". Es la primera antifona de las Laudes matutinas de este día y que abre el salmo cuarto. Viene a ser como la clave de interpretación, a fin de que podamos saborear esta bella plegaria que la Iglesia, a través del tiempo, la puesto para cerrar el día, antes de entregarse al descanso, en el oficio de Completas.

En este Sábado Santo la liturgia de este día lo pone en boca de Jesús. Concluida su obra, como aconteció con la primera creación, el Señor descansa después de concluir su obra redentora.

La contemplación de este misterio es lo que le lleva a decir al autor anónimo de la homilía que se lee este día en el oficio de Lecturas: *"¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio porque el Rey duerme."*

El Sábado Santo es el día del gran silencio, del descenso de Cristo a los infiernos, como cada domingo profesamos en el Credo, y de la espera de la resurrección.

Es una jornada para meditar en el silencio de Dios, pero también en el nuestro, a fin de valorar el don de la palabra. Maurice Zündel (místico, poeta y liturgista suizo 1897-1979) escribió: *«Quien se alimenta del silencio de Dios, acaba comprendiendo la profundidad en la que puede escuchar»*. San Juan Pablo II explicará con claridad el significado profundo

que tiene: *"El silencio divino a menudo es motivo de perplejidad e incluso de escándalo para el justo, como lo atestigua la larga queja de Job (cf. Jb 3, 1-26). Sin embargo, no se trata de un silencio que implique ausencia, como si la historia hubiera quedado a merced de los perversos y el Señor permaneciera indiferente e impasible. En realidad, ese silencio desemboca en una reacción semejante al dolor de una mujer que al dar a luz jadea, resuella y grita. Es el juicio divino sobre el mal, representado con imágenes de aridez, destrucción y desierto (cf. v. 15), que tiene como meta un desenlace vivo y fecundo.*

En efecto, el Señor hace surgir un mundo nuevo, una era de libertad y salvación. A los ciegos se les abren los ojos, para que gocen de la luz que brilla" y a los muertos en Cristo se les regala la vida.

San Juan de la Cruz afirmará: *"que bien se yo la fonte que mana y corre aunque es de noche"*. En la oscuridad, mientras todo calla, es cuando surge un imperceptible soplo de viento que acaricia el alma, haciéndonos presentir que Dios está en el lado profundo de la quietud y, por la noche, cuando todo calla, nos envuelve trayéndonos una Presencia.



Es entonces cuando se escucha a Dios que te dice: *¡Estoy ante tus ojos, justo donde crees que me has perdido!*

En este día en el que todo enmudece, en el que el mundo no ha podido reconocer a Dios entre nosotros en esa *"música callada"*, nos encomendamos a las manos amorosas de quien lo ha dado todo con la ternura infinita de una Madre, y que calla porque **sólo el Hijo es el Verbo**.

Hagamos nuestra la oración que salió del santuario interior del venerable obispo Molfetta, Mons. Tonino Bello (1935 -1993) . Repitémosla a lo largo de este día, hasta tal punto, que venga a ser para nosotros como rocío que empapa la tierra de nuestra vida:



**"Santa María, mujer del silencio,
llévanos de nuevo a las fuentes de la paz.
Líbranos del asedio de las palabras.
De las nuestras, en primer lugar,
y también de las de los demás.
Haznos comprender,
que sólo cuando nos callemos,
el Altísimo podrá hablar.**

**Tú que experimentaste, como Cristo en la cruz,
el silencio de Dios, no dudes en romper tu silencio
para decirnos palabras de amor.**

**Así sentiremos en nuestra carne
el estremecimiento de la Pascua".**

El primer día de la semana...

El que ama corre. *"Corre por los montes, salta por los collados"*, como el Amado del Cantar de los Cantares (2, 8), así le aconteció a María Magdalena que, *"de madrugada, cuando aún era de noche"*, se levantó y corrió al sepulcro de Jesús. **Busca al que su corazón ama**, sigue diciendo el Cantar (3,1). Pero... la piedra ha sido retirada del sepulcro y éste está vacío. Una angustia se apodera de su corazón. Mil preguntas le asaltan. Un anuncio de amor angustiado, hecho por quien la tradición cristiana ha llamado *"el decimotercer apóstol"* - María Magdalena- hizo que se pusiesen en marcha Pedro y Juan

La clarividencia del amor

¿Qué es lo que ven al llegar al sepulcro? Pedro solo ve objetos: paños, el sudario que rodeó la cabeza de Jesús. Juan ve lo mismo. Pero su mirada es diferente. Es la **clarividencia del amor**. En los objetos silenciosos que se le ofrecen a la mirada, sabe reconocer los signos del triunfo de la vida y *"vio y creyó"*.

No es una piadosa ilusión de amor. El Espíritu Santo ha iluminado los ojos de su interior; le dio esa mirada de fe, contemplativa, iluminada por la Sagrada Escritura, que sabe penetrar más allá de las apariencias hasta la fuente luminosa del misterio. Y es que *"solo se puede ver bien con el corazón. Lo esencial es invisible para los ojos"*.

Esta narración de la tumba vacía, representa una especie de paradigma de todo un itinerario:

de un simplemente mirar se pasa a un observar iluminado por la fe. Juan es el primero en interpretar lo que ve como un signo de resurrección. Juan cree porque ama. Y, como fruto de este ver y creer, mana del hondón del alma un **constante aleluya**. Exclamación gozosa que nos hace caer en la cuenta, de que no hay acontecimiento doloroso que no esté habitado por Aquel, que ha descendido hasta lo más profundo de nuestros abismos, asumiendo todas nuestras cargas, dudas y angustias.

Un constante entrenamiento

Reflexionar sobre el significado del *"Aleluya"*, es preguntarnos cómo puede resonar en un tiempo incierto y doloroso, como el que estamos viviendo. Lo cierto es que el *"Aleluya"* no es un alejamiento de la dura realidad, más bien nos recuerda que hay una dimensión más profunda que va más allá de lo que aparece. *"La vida es un entrenamiento para aprender a cantar aleluyas en esta tierra, a fin de reconocer el rostro de Dios escondido en la profundidad de los tiempos"*.

Un grito empapado en fe

Esto es lo que parece sugerir el cuento judío de los dos niños que juegan al escondite: uno de los dos, en vez de buscar al compañero que se ocultaba, se fue. Al verse abandonado, acudió llorando a su abuelo contándole lo sucedido. El abuelo, con lágrimas en los ojos, respondió: *"Hijo mío, hasta Dios dice lo mismo: yo me escondo y nadie viene a buscarme"*. El aleluya es la expresión del Dios buscado y hallado. Este encuentro llena de gozo toda la tierra y, la fe, es como un despertar.



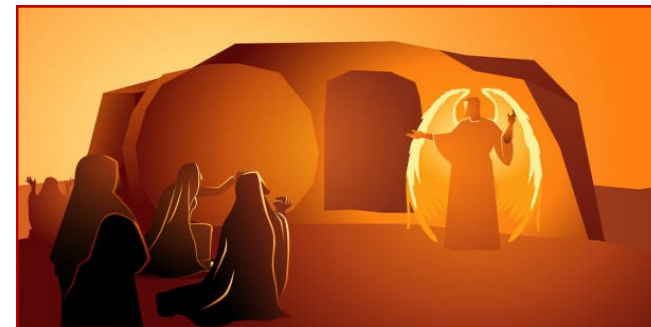
En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

Sábado Santo

Domingo de Resurrección

Un texto para guardar en la memoria del corazón



El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó...que él había de resucitar de entre los muertos.